



## «MY SECRET LIFE»

### CAPITULO 10

—¡Es mi primera salida al extranjero y no pienso volver reprimida...!

Tuve que descomponer la figura y dar un salto hacia atrás para evitar el ansia de Lola Sánchez. Se había lanzado sobre mí desde lo alto de la Torre Eiffel. El silbido de su cuerpo rasgando el aire como un obús me salvó la vida. Luego, el ruido seco, tremendo y sordo de la caída. Y en su mano derecha, apretada como un guantelete de hierro soldado, la cálida seda de su ropa interior estrujada en el último latido de aquel amor no culminado. Y unas palabras escritas: «La española, cuando besa, besa siempre de verdad». Había sellado el mensaje con el carmín de sus labios y puesto mi nombre en las puntillas. Tomé la prenda con ambas manos, con el mismo cuidado que si de una copa de cristal se tratase, y levanté los brazos muy despacio hacia el sol. Miré de frente al astro rey, en fervoroso rito de vida. Luego, muy lentamente, con los ojos cerrados, llevé la seda a mis labios y deposité un beso largo sobre el carmín. En aquel instante, como las españolas, yo —Adriano di Tola— también besaba de verdad. Entregué la prenda al gendarme y miré con infinito desprecio a todos aquellos morbosos que rodeaban el desmadejado cuerpo de Lola.

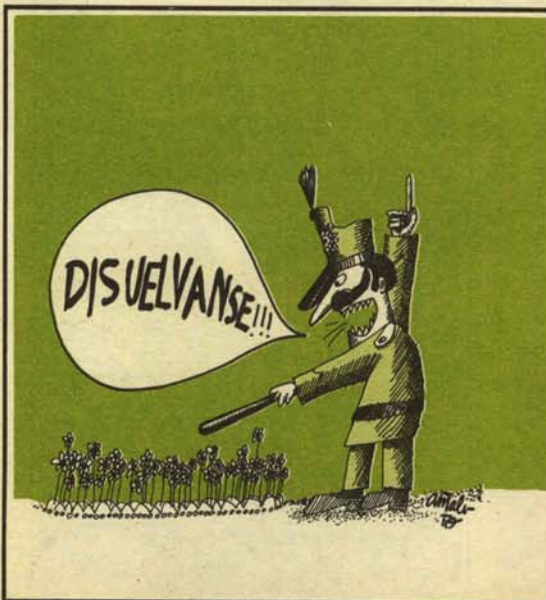
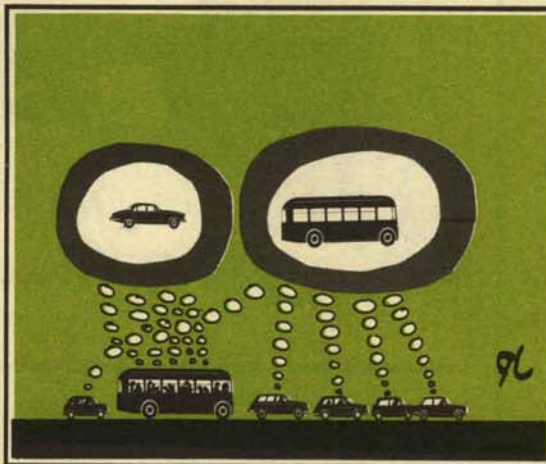
Eran las cinco de la tarde...

Media hora después me encontraba en los salones del palacio Foie-Dupont. Simone estaba realmente espléndida, con aquel vestido malva bordado con tres mil zafiros, con su corona de marquesa rematando el peinado, con aquel precioso caimán —vivo— colgando de su espalda desnuda; sentada en la roca aurífera del rincón y tocando una flauta pastoril mientras las cabras, las ovejas, las terneras y los potrillos retozaban por los salones comiéndose las alfombras de Persia, las cortinas de seda y los tapices flamencos. Tomé un jarrón de la dinastía Ming y lo rompí para llamar su atención. En ese momento, el mayordomo bajó las escaleras despacio, cuidando de que el viento suave que llegaba del jardín no volase ni uno solo de aquellos billetes que llenaban la bandeja.

—Señor...

Tomé el dinero y lo deposité con mimo en la chimenea. Lo prendí fuego. Me volví a Simone y pregunté: «¿No tienes más?». «Tienen que ser cheques». «No importa. Quememos algunos millones y enviemos luego la mensualidad del sanatorio de mamá. No es que esté enferma. Le gusta vivir allí, para reírse de los enfermos. ¡Es tan rara...!».

ADRIANO DI TOLA



## SIEMPRE HA HABIDO POBRES Y RICOS

Siempre ha habido pobres y ricos. Incluso hoy, en este año de gracia —dentro de lo que cabe—. Es fácil distinguirlos. Ricos son aquellos que —pudiendo— no quieren ser pobres. Pobres son aquellos que —aun queriendo— no pueden ser ricos. Los ricos trabajan por amor. Los pobres, por dinero. Los pobres tienen una obsesión: trabajar mucho para ganar algún dinero y, de esta manera, sentirse menos pobres. Los ricos estimulan a los pobres para que trabajen mucho y ganen dinero produciendo las cosas que han de comprar para sentirse menos pobres. Así, el pobre trabaja, gana dinero y compra cosas. Es decir: el pobre trabaja y se desdineriza. El rico le ayuda, le crea puestos de trabajo, le remunera y al final se endinera con el dinero resultante de vender al pobre aquellos productos que el pobre fabrica en las factorías del rico. A este proceso le denominan los expertos: «El huevo de Colón». Mas ¿do está la cuestión? Manejar datos ideológicos en la búsqueda nos llevaría a libertinaje. Dejemos las cosas donde están. Al rico en su despacho. Al pobre en su trabajo. Al pobre en su plazo mensual. Al rico en brazos de la pobre que se siente rica en los brazos del rico, en el auto del rico, en el apartamento del rico. Al rico que se siente guapo en los ojos de la pobre. A la pobre que se sueña cenicienta en los festejos del rico. Al rico, que se siente capaz de sacarle dinero al zapato perdido de su cenicienta pobre.

De cualquier manera, de la misma forma que es «más difícil que un camello... el ojo de la aguja... etc.», es muchísimo más difícil que le corten una oreja a un pobre, que al nieto de Paul Getty.

CONCORDIO